

La intermitencia en la participación laboral de las mujeres veinte años después: el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires

Marcela Cerrutti (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Centro de Estudios de Población, Argentina) y Analía Ameijeiras (Centro de Estudios de Población, Universidad Nacional de San Martín, Argentina)

Palabras clave: género y participación laboral – Argentina – mercados de trabajo

***** TRABAJO EN ELABORACION*****

Introducción

Hace dos décadas atrás, cuando se aceleraba la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo en la Argentina, se ponía al mismo tiempo en evidencia un rasgo peculiar de su participación: la elevada inestabilidad, particularmente entre ciertos grupos de mujeres. Haciendo uso de datos panel de corto plazo Cerrutti (2000 y 2003) mostraba la elevada propensión de las mujeres a entrar y salir de la fuerza de trabajo aún en períodos cortos de observación, particularmente entre aquellas con niveles de educación medios o bajos o con responsabilidades familiares. En efecto, tan solo en un lapso de 18 meses, se detectó que el porcentaje de mujeres que había participado de la fuerza de trabajo de manera regular relativamente pequeño y que constituía solo la mitad de aquellas que habían declarado ser activas en algún momento a lo largo del año y medio de observación.

Este fenómeno de entradas y salidas de la fuerza de trabajo fue denominado *intermitencia*, y aparecía asociado a un conjunto de factores relacionados a la división genérica de roles dentro de los hogares, a las oportunidades ocupacionales disponibles y a la falta de apoyos institucionales de cuidado para madres trabajadoras. En otras palabras, muchas de las mujeres que trabajaban lo hacían en condiciones de inestabilidad tanto por motivos de oferta como de demanda, con las consiguientes penalizaciones a mediano y largo plazo.

La investigación realizada sobre este fenómeno señalaba que esta intermitencia conspiraba contra la obtención de empleos protegidos o formales, la acumulación de habilidades y experiencia laboral y la obtención de incrementos salariales asociados a la antigüedad el empleo y con la futura obtención de beneficios previsionales.

En 1994 alrededor del 55% de las mujeres entre 30 y 34 años de edad residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires formaban parte de la fuerza de trabajo veinte años más tarde ese porcentaje ascendía al 73%. Este incremento en la participación laboral ocurre en un contexto de mejoramiento de las condiciones laborales, luego de la notable crisis económica experimentada en el 2001. Pasados unos pocos años luego del inicio del nuevo milenio, la Argentina comienza a transitar un período que durará varios años de elevadas tasas de crecimiento económico y generación de empleo. Como consecuencia, disminuyen de manera notable las tasas de desempleo abierto; las que pasan de un 16,1% en 2003 a

7,1% en el 2012. Asimismo, las tasas de empleo se incrementan durante el período, evidenciando la reactivación económica.

Transcurridas dos décadas desde entonces y dadas las significativas transformaciones en el mercado de trabajo, en la familia y en las relaciones entre géneros, cabe preguntarse en qué medida estos cambios han repercutido también en los patrones de participación de las mujeres en el mercado de trabajo, en otras palabras, ¿se ha tornado su participación laboral más estable?

Si bien hay indicios promisorios en torno a una disminución de las brechas de inequidad entre varones y mujeres, persisten algunas circunstancias que ponen en duda un cambio significativo en esta dimensión. Por un lado las mujeres han incrementado su participación laboral, disminuido sus diferencias de ingresos horarios con sus pares varones y mejorado su acceso a puestos de jefatura y dirección (PNUD, 2014); sin embargo aún hoy el porcentaje de quienes trabajan muy pocas horas a la semana ha quedado inalterado (Ministerio de Trabajo, 2005). Esta propensión a jornadas de trabajo reducidas depende en gran medida de los perfiles socioeconómicos y educativos de las trabajadoras. De hecho es bastante más elevado en el conurbano bonaerense, en donde la mitad de las ocupadas mujeres trabajan hasta 30 horas semanales, que en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (en donde dicho porcentaje se reduce al 37%).

El presente trabajo tiene como propósito general revisar las tendencias señaladas veinte años atrás en torno a la participación intermitente de las mujeres en la actualidad. Por un lado caracteriza el incremento en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo haciendo hincapié en los factores determinantes, particularmente de carácter individual y familiar. Seguidamente se presenta un análisis longitudinal empleando datos de tipo panel de corto plazo para examinar patrones de participación, estableciendo en qué medida la estabilidad de las mujeres se ha incrementado en qué factores contribuyen a dicho patrón de participación.

Condicionantes de la participación femenina: cuidados y mercado

La realidad de los mercados de trabajo y los ingresos promedios generados por los trabajadores muestran las enormes dificultades para que un hogar pueda sostenerse

económicamente mediante un solo aportante. En familias con núcleos completos la contribución de ambos cónyuges para alcanzar ciertos niveles de bienestar es hoy indiscutible, muestra clara de ello es que la incidencia de la pobreza en hogares con doble proveedor es más baja que en los hogares en los que la mujer no contribuye con ingresos al hogar (Cerrutti y Binstock, 2009).

Si bien la difícil situación económica propulsó en gran medida la decisión de las mujeres de participar en el mercado de trabajo jugaron también un rol esencial otros aspectos sociales, institucionales y culturales. Tal como se sostenía varias décadas atrás, la incorporación de las mujeres en el mundo del trabajo guarda un estrecho vínculo con procesos más amplios de secularización y ruptura con valores de género tradicionales (ver Recchini de Lattes, 1980 para el caso argentino). La obtención de niveles educativos superiores no solo redundó en que muchas mujeres accedieran a un espectro más variado de ocupaciones y posiciones ocupacionales más gratificantes sino que contribuyó a modificar y redefinir gustos, aspiraciones y proyectos personales individuales. En este sentido y como sostuvo Wainerman (1979) en un trabajo pionero en la Argentina, la educación contribuyó “a redefinir el gustos por las tareas inherentes al desempeño del rol doméstico y a modificar la posición de las mujeres dentro de la estructura familiar” (p.511).

Sin embargo, en la participación sostenida de las mujeres en el mercado de trabajo se ponen también en juego las dificultades para compatibilizar dicha participación con las tareas de cuidado en el seno de sus familias, las restricciones para acceder a determinados empleos (y el nivel de ingresos ofrecidos en los empleos disponibles) y los potenciales conflictos familiares que se derivan de dicha participación. Como lo han señalado Esquivel Faur y Jelín (2012) las encuestas de las de tiempo muestran de manera sistemática que la carga doméstica no está distribuida de manera igualitaria entre los miembros adultos del hogar. De hecho, en los hogares en los que dichas demandas no se resuelven accediendo a servicios públicos o mediante la adquisición de servicios en el mercado son las mujeres las que las realizan, en algunos casos en forma exclusiva.

A pesar de los notables avances en materia de reconocimientos de los derechos de las mujeres (Pautassi, 2013), la creciente presencia de las mujeres en la fuerza laboral no siempre ha sido acompañada por circunstancias y políticas que faciliten esa participación,

lo que ha redundado en una sobrecarga de responsabilidades. Más aún, se ha señalado que las políticas que favorecen el acceso a derechos de N, N y A mediante el otorgamiento de ingresos de manera condicionada recarga a los miembros del hogar, en particular a las madres, con la responsabilidad de garantizar el acceso a la salud y a la educación (Rodríguez Enrique, 2011; Pautassi, Arcidiácono y Strachnoy, 2012).

Por lo tanto, y a pesar de las mejoras en las condiciones del mercado de trabajo, las decisiones sobre trabajar o no hacerlo y el tipo concreto de trabajo que se pretende o se puede realizar¹, dependen en gran medida de cómo puedan las mujeres compatibilizar las diversas demandas sobre su tiempo.

En este sentido esta ponencia propone indagar si los avances alcanzados en los últimos años se reflejan en una participación laboral más estable de las mujeres en el mercado de trabajo que pueda favorecer procesos de adquisición de competencias y beneficios laborales, así como de promoción e ingresos.

Datos y métodos

El presente trabajo utiliza datos provenientes de diversas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares correspondientes al Área Metropolitana de Buenos Aires. Dicha fuente es empleada de dos maneras: transversal y como panel de corto plazo. El uso transversal tiene el propósito de poner en evidencia los cambios en la propensión a participar del mercado de trabajo de las mujeres de 15 años y más entre los años 1994 y 2014, así como la relación entre dicha propensión y rasgos sociodemográficos y familiares.

La EPH tiene muestras de paneles rotativos, los cuales permiten la realización de estudios cuasi longitudinales al proporcionar información a nivel individual o agregado sobre las variaciones que pudieran producirse o no en relación a las propiedades de interés en las sucesivas observaciones de la misma unidad a lo largo de un período de tiempo. El esquema de rotación se denomina 2-2-2, por el cual una vivienda es seleccionada por dos trimestres consecutivos, se retira de la muestra durante dos trimestres, e ingresa nuevamente por dos trimestres consecutivos más.

¹ Con esto nos referimos al tipo de ocupación, cantidad de horas trabajadas, flexibilidad horaria y cobertura legal.

Si bien este esquema de rotación es diferente al empleado en el estudio original sobre la intermitencia y por lo tanto los resultados no son estrictamente comparables, constituyen los únicos disponibles para el estudio de este fenómeno. En el estudio original la base contaba con 4 observaciones de las mismas personas relevadas cada seis meses, es decir los paneles tenían una duración de 18 meses.

Al igual que en la investigación original, los patrones de participación laboral fueron definidos a partir de la variable condición de actividad de la siguiente manera:

a) Siempre activa: económicamente activa en los cuatro relevamientos; b) siempre inactiva: económicamente inactiva los cuatro relevamientos; c) entró a la fuerza de trabajo: hubo solo un cambio en la condición de actividad en el que se pasó de inactiva a activa; d) salió de la fuerza de trabajo: hubo solo un cambio en la condición de actividad en el que se pasó de activa a inactiva; e) intermitente: se efectuaron al menos dos cambios en la condición de actividad.

En base a dichos patrones se examinará en primer lugar si existen variaciones significativas en relación a las detectadas veinte años atrás. De ese modo se cotejará si el incremento en la mayor propensión a participar en actividades económicas evidenciado en las últimas dos décadas ha venido o no acompañado de patrones de participación más estables. Seguidamente se examinará la asociación existente entre dichos patrones de participación y características relativas a la oferta (es decir de carácter individual y familiar). Finalmente se establecerá si el tipo de ocupación o condiciones laborales observadas en la primera observación guardan relación con el patrón de participación posterior.

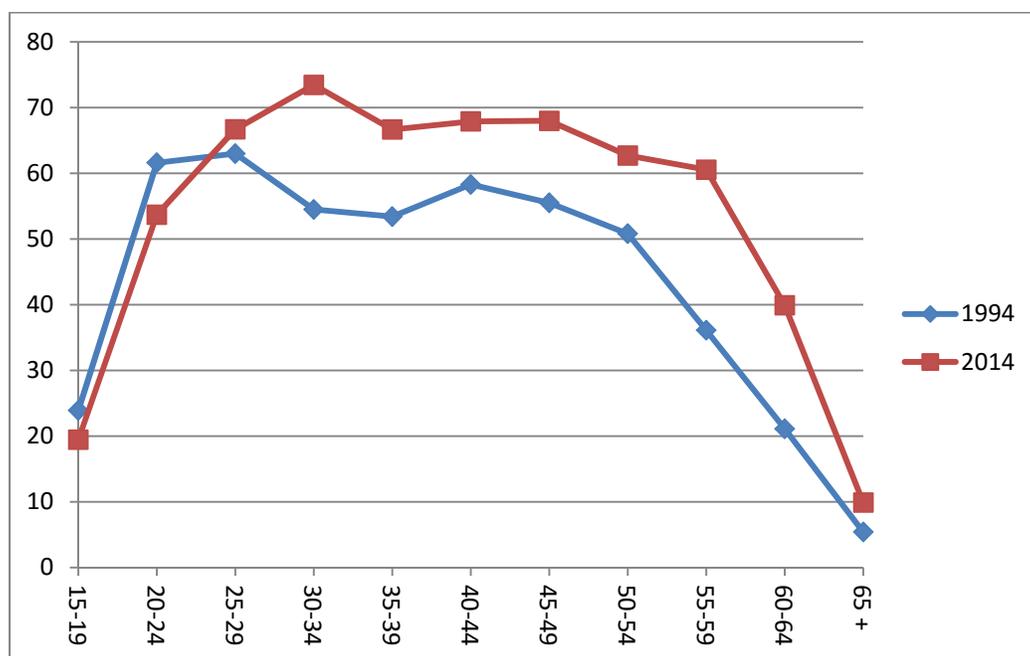
La participación económica femenina en Argentina

En Argentina, el lento incremento del trabajo femenino desde la post-guerra hasta mediados de los 80s estuvo asociado en gran medida a procesos más amplios de modernización social y ampliación en las oportunidades ocupacionales para las mujeres (Recchini de Lattes, 1980). En los 90s el ritmo de crecimiento en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo se acelera asociado fuertemente al profundo deterioro de la situación económica como consecuencia de procesos de ajuste estructural y restructuración económica. Es por ello que la incorporación de mujeres al mercado de trabajo aparece ligada a un aumento sin

precedentes de las tasas de desocupación abierta, en especial de los jefes de hogar, y a una mayor incertidumbre sobre la principal fuente de generación de recursos para la mayoría de la población: el trabajo (Cerrutti, 2003; Wainerman, 2003).

Luego de la crisis del 2001, la recomposición significativa en las oportunidades de empleo a partir del 2003 va a dar impulso nuevamente a un incremento en la participación económica femenina que llegará a su máximo histórico, pero a diferencia de la década anterior, motivada por un incremento en la tasa de empleo y no de desocupación. Como lo indica la evolución de las tasas de actividad por edad, el crecimiento en la propensión a participar de la fuerza de trabajo se da a lo largo de todos los grupos de edad con la excepción de las edades más jóvenes y las adultas mayores (Gráfico 1).

Gráfico 1. Área Metropolitana de Buenos Aires, AMBA. Tasas de actividad femenina por edad. 1994 y 2014.



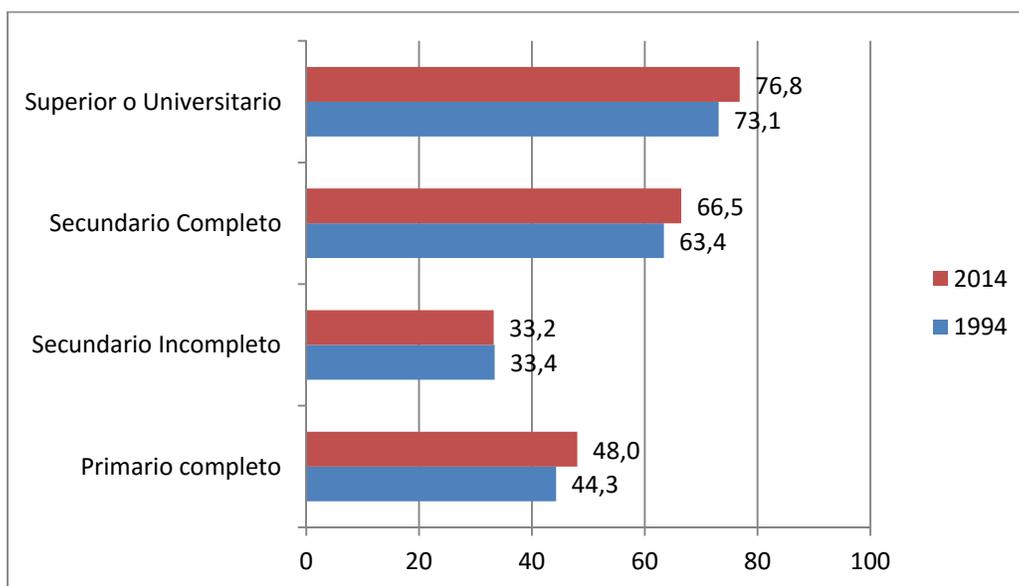
Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

La decisión de las mujeres de desarrollar actividades económicas no se debió solo a la necesidad económica sino también a procesos de transformación social en dimensiones cruciales que afectan la división sexual del trabajo. A pesar de ello, esta mayor aceptación social del trabajo de la mujer, no necesariamente fue acompañada de cambio en las

circunstancias que verdaderamente lo facilitarían, en particular en el caso de las madres con perfiles educativos medios o bajos y con hijos pequeños.

Los datos indican la relevancia de las credenciales formales en los procesos de incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, en efecto tanto hoy como hace dos décadas atrás las tasas de actividad de las mujeres con educación superior o universitarias son significativamente más elevadas que la de mujeres con niveles educativos inferiores. Pero la comparación de los dos momentos en el tiempo evidencia un fenómeno muy interesante, en cada nivel de educación los cambios en el tiempo no son muy pronunciados. En efecto, si bien las tasas de actividad se incrementan para todas las mujeres con independencia del nivel educativo (salvo el caso del nivel secundario incompleto), dichos incrementos son mucho más sutiles que los observados a nivel global. Esto tiene un significado muy interesante y es que la mayor propensión de las mujeres a participar en el mercado de trabajo observado a nivel global se da como consecuencia de un mejoramiento general de sus perfiles educativos, o puesto de otro modo debido a un cambio de composición de la oferta laboral.

Gráfico 2. AMBA, tasas de actividad femenina por nivel educativo. Mujeres entre 14 y 49 años de edad. 1994 y 2014.

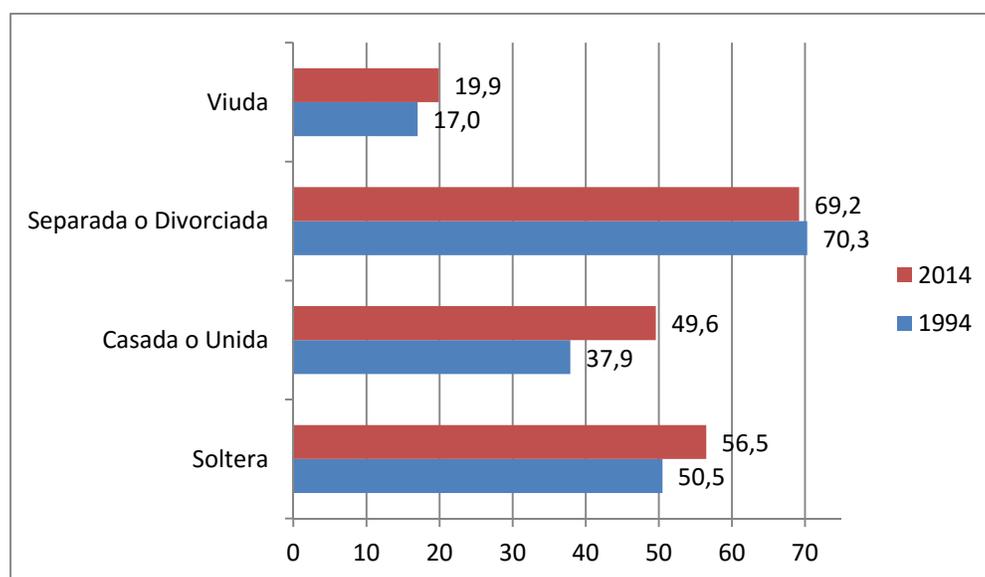


Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

El porcentaje de mujeres con niveles educativos superiores o universitarios (ya sea completo o incompleto) se incrementa de manera notable. En el año 1994 entre mujeres de 14 a 49 años el porcentaje de las que habían accedido a la educación superior o universitaria (incompleta y completa) era de 21,4%, veinte años después dicho porcentaje ascendía al 33,8%. En el caso de las mujeres activas la presencia de mujeres con elevada educación se hizo también más notable pasando en esas dos décadas del 30,4 al 45,2. En otras palabras, tanto hoy como en el pasado las mujeres con perfiles educativos no profesionales continúan teniendo inconvenientes a la hora de trabajar en el mercado.

El mejoramiento de sus perfiles educativos, si bien el más significativo, no constituye el único factor de cambio, ya que las transformaciones de índole familiar, tanto en lo que respecta a estructura como a las dinámicas de funcionamiento han sido razones de peso para dar cuenta del aumento sostenido de su participación. En efecto, si bien el porcentaje de mujeres separadas y divorciadas (que son quienes presentan las tasas de actividad más elevadas) se duplicaron en estos últimos años, su proporción pasó de algo menos del 5 por ciento al 10 por ciento en la población de 15 años y más. De todas maneras el hecho más significativo fue el aumento notable en la tasa de participación de mujeres unidas o casadas, la cual pasó del 37,8% al 49,6% (Gráfico 3).

Gráfico 3. AMBA, tasas de actividad femenina por estado civil, mujeres de 15 años y más. 1994 y 2014.

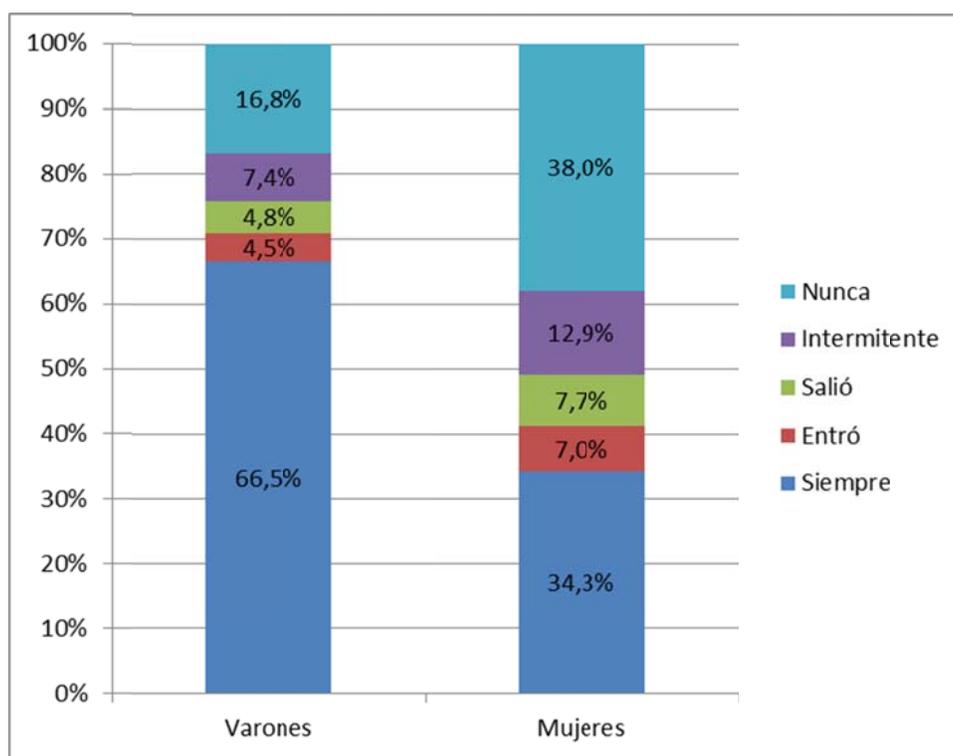


Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

Las entradas y salidas de la fuerza de trabajo

La comparación de los patrones de participación laboral de mujeres y varones a lo largo de 18 meses arroja la existencia de marcadas diferencias. En primer lugar la incidencia de quienes permanecen fuera de la fuerza de trabajo todo el tiempo (es decir fueron inactivos en todo momento) es significativamente superior entre las mujeres: casi un 40 por ciento mientras que entre los varones dicho porcentaje es menos de la mitad (Gráfico 4). Asimismo es notorio el contraste entre quienes han permanecido dentro de la fuerza de trabajo a lo largo del período (66.6% vs. 34.3%).

Gráfico 4. AMBA, patrones de participación laboral de varones y mujeres a lo largo de 4 observaciones en 18 meses. Período 2011-2014.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2011-2014.

Si bien este hecho en principio no resulta muy sorprendente dada las diferencias en las propensiones a participar en el mercado de trabajo de ellas y ellos, resulta sí más llamativo cuando se restringe la comparación a las trayectorias de quienes en alguna de las observaciones participaron de la fuerza de trabajo (es decir fueron económicamente activos al menos una vez). Considerando a este subgrupo, se pone de manifiesto claramente la

mayor estabilidad de los varones, ya que el 80% fue registrado a lo largo de las 4 observaciones en 18 meses como parte de la PEA, mientras que entre las mujeres dicho porcentaje se reduce al 55%.

Al centrarnos en las mujeres y examinar los cambios en los patrones laborales de los últimos veinte años se observa que, de manera coherente con la información transversal, se reduce el porcentaje de aquellas que siempre permanecen fuera de la población económicamente activa (PEA) a lo largo de 18 meses (del 45,5% a 37,8%). Asimismo se registra un fenómeno interesante, las adolescentes permanecen en mayor medida que en el pasado fuera de la fuerza laboral, seguramente como consecuencia de su mayor asistencia educativa.

Cuadro 1. AMBA, mujeres de 15 años y más clasificadas por si fueron o no económicamente activa alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según grupos de edad. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Grupos de Edad	Circa 2013			Circa 1993		
	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total
15 a 19 años	57,3	42,7	100,0	47,8	52,2	100,0
20 a 24 años	21,4	78,6	100,0	20,0	80,0	100,0
25 a 34 años	15,6	84,4	100,0	34,9	65,1	100,0
35 a 44 años	17,8	82,2	100,0	29,9	70,1	100,0
45 a 54 años	18,6	81,4	100,0	33,5	66,5	100,0
55 a 64 años	39,4	60,6	100,0	60,9	39,1	100,0
65 años o +	83,5	16,5	100,0	86,4	13,6	100,0
TOTAL	37,9	62,1	100,0	45,5	54,5	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014.

Pero más allá de esta situación esperable en un contexto de creciente incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, las condiciones para una participación laboral más estable en la fuerza de trabajo también parecen haber mejorado. En efecto, restringiendo el análisis a las que fueron económicamente activas en alguna de las 4 observaciones, se detecta que el 55,3% ha sido activa todo el tiempo, mientras que hace dos décadas atrás esa proporción era del 45,1%. Vale la pena mencionar que a pesar de este auspicioso resultado,

una proporción nada despreciable de mujeres ha participado de la PEA solo en algunas de las 4 observaciones (44,7%). Se pone asimismo de manifiesto el proceso de entrada a la fuerza de trabajo de las mujeres más jóvenes así como el de salida cerca a la edad de retiro.

Es probable que esta mayor estabilidad de las mujeres en la fuerza de trabajo se haya debido en parte a mejoras en las condiciones laborales, sin embargo, como se verá a continuación, pareciera que fue la ganancia en educación la que ha contribuido a mejorar las condiciones de participación de las mujeres en el mercado de trabajo.

Cuadro 2. AMBA, mujeres de 15 años y más que fueron económicamente activas alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según el patrón de participación y grupos de edad. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Grupos de Edad	Circa 2013					Circa 1993				
	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total	Siempre F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
15 a 19 años	18,4	9,2	31,9	40,4	100,0	20,0	5,5	48,8	25,7	100,0
20 a 24 años	52,5	8,8	18,9	19,8	100,0	52,9	8,3	18,0	20,8	100,0
25 a 34 años	60,3	8,2	11,2	20,2	100,0	55,8	10,3	16,3	17,6	100,0
35 a 44 años	64,7	10,6	7,9	16,9	100,0	50,0	13,7	12,8	23,5	100,0
45 a 54 años	63,4	12,0	7,7	16,9	100,0	53,5	12,4	9,9	24,2	100,0
55 a 64 años	54,3	19,6	7,5	18,6	100,0	30,5	20,5	16,6	32,4	100,0
65 años o +	24,0	28,8	9,6	37,5	100,0	20,0	25	17,6	37,4	100,0
TOTAL	55,3	12,5	11,4	20,8	100,0	45,1	12,1	18,6	24,2	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014.

Los factores de la oferta: estabilidad y nivel educativo

El nivel de educación formal alcanzado ha sido un rasgo clásico asociado a los patrones de participación de las mujeres en la fuerza laboral. La posesión de niveles educativos elevados promueve una entrada más tardía a la fuerza de trabajo, pero más intensa y estable a lo largo del ciclo de vida individual y familiar. El primer panel del Cuadro 3 indica que aquellas mujeres con niveles educativos altos son significativamente más propensas a haber participado de la fuerza de trabajo en el período considerado. La relación entre educación y participación económica es hoy muy similar a la observada veinte años atrás. La brecha de participación entre mujeres que no alcanzaron a completar el secundario y las que se

graduaron del nivel superior o universitario es muy marcada. En efecto, entre las primeras, el porcentaje que se mantuvo todo el período fuera de la fuerza de trabajo es del 52% mientras que entre las segundas es menos del 20%.

Cuadro 3. AMBA, mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según nivel educativo. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Año y nivel Educativo	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
Circa 1993								
Sec Inc. o menos	52,3	47,7	100,0	37,1	13,6	22,0	27,4	100,0
Secundario comp.	36,7	63,4	100,0	54,9	13,7	10,7	20,8	100,0
Sup. o Univ.	18,1	82,0	100,0	60,2	6,5	17,1	16,2	100,0
Circa 2013								
Sec Inc. o menos	52,0	48,0	100,0	37,5	15,0	17,1	30,4	100,0
Secundario comp.	32,4	67,6	100,0	58,5	9,6	13,1	18,8	100,0
Sup. o Univ.	19,3	80,7	100,0	70,7	9,0	7,7	12,7	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2012-2014.

La mayor educación, ya sea como un indicador de aspiraciones individuales (económicas y de carreras profesionales) o como indicador de status económico que facilita la adquisición de servicios en el mercado para liberar tiempo, tiene un efecto también notable en la estabilidad de su participación. Entre aquellas mujeres “disponibles” para trabajar (es decir las que en algún momento fueron parte de la PEA durante el período de 18 meses) con baja educación –inferior al secundario completo- solo cuatro de cada diez han podido mantenerse en forma continua en la fuerza de trabajo. Contrariamente entre las que al menos han ingresado al nivel superior o universitario, esa proporción asciende a siete de cada diez (Cuadro 3), y entre las que lo completaron a más de ocho de cada diez.

Al contrastar la situación actual con la del pasado lo que se observa es que el efecto de la educación en los patrones de participación de las mujeres es muy similar: el 82% de las mujeres con nivel superior o universitario había sido alguna vez activa en 18 meses. Un

cambio evidente sí se dio en su estabilidad, ya que en los 90's el 60% había participado consistentemente de la fuerza de trabajo, pero veinte años más tarde esa proporción asciende al 70%.

Pareciera entonces que las transformaciones ocurridas parecen ser el efecto de cambios en la composición educativa de las mujeres, es decir una mayor proporción ha logrado acceder a niveles educativos altos, que de una mejora en las condiciones de empleabilidad de mujeres con perfiles educativos medio-bajos y responsabilidades familiares.

Familia y patrones de participación

La estructura del hogar y el ciclo de vida familiar denotan circunstancias que tradicionalmente han condicionado la participación económica de las mujeres. Sin duda su influencia se encuentra mediatizada por la posición de clase de las mujeres y sus niveles formales de educación. Mujeres en pareja con niños pequeños en el hogar han sido quienes tradicionalmente han exhibido los niveles de participación económica más bajo, particularmente si se trataba de mujeres con niveles educativos educación inferiores al terciario o universitario.

Más allá de esta heterogeneidad a nivel agregado puede que en los últimos veinte años las mujeres en pareja con hijos (ya sea pequeños o mayores de 5 años) son quienes más incrementaron su propensión a participar en el mercado de trabajo. Si bien en los noventa alrededor de la mitad había participado en algún momento durante un período de 18 meses, dos décadas más tarde esa proporción supera el 66%. Más aún entre quienes en algún momento formaron parte de la fuerza de trabajo, la mitad participó de una manera estable (Cuadro 4)

Cuadro 4. AMBA, mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según posición en el hogar. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Grupos de Edad	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
Circa 1993								
Es jefa y vive sola	56,9	43,1	100,0	60,5	15,7	8,3	15,6	100,0
Es jefa y vive con otras personas	31,2	68,8	100,0	52,9	12,5	12,7	21,9	100,0
Es conyugue y vive sola con su pareja	58,6	41,4	100,0	41,6	16,7	13,4	28,3	100,0
Es conyugue y tiene hijos < 6 años	49,6	50,5	100,0	41,0	12,1	19,0	27,9	100,0
Es conyugue y tiene hijos 6 o +	45,1	54,9	100,0	42,6	15,7	13,6	28,1	100,0
Es hija	31,6	68,4	100,0	45,2	7,1	28,7	19,1	100,0
Es otro pariente	67,7	32,4	100,0	47,4	7,7	24,8	20,1	100,0
Circa 2013								
Es jefa y vive sola	53,6	46,4	100,0	66,5	15,0	6,0	12,6	100,0
Es jefa y vive con otras personas	30,2	69,8	100,0	62,3	7,4	12,6	17,7	100,0
Es conyugue y vive sola con su pareja	51,5	48,5	100,0	58,0	5,9	17,6	18,5	100,0
Es conyugue y tiene hijos < 6 años	31,2	68,8	100,0	50,2	15,6	8,8	25,4	100,0
Es conyugue y tiene hijos 6 o +	33,6	66,4	100,0	52,5	10,2	15,2	22,1	100,0
Es hija	31,4	68,6	100,0	51,5	17,5	7,8	23,3	100,0
Es otro pariente	51,3	48,7	100,0	47,3	12,7	16,4	23,6	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014

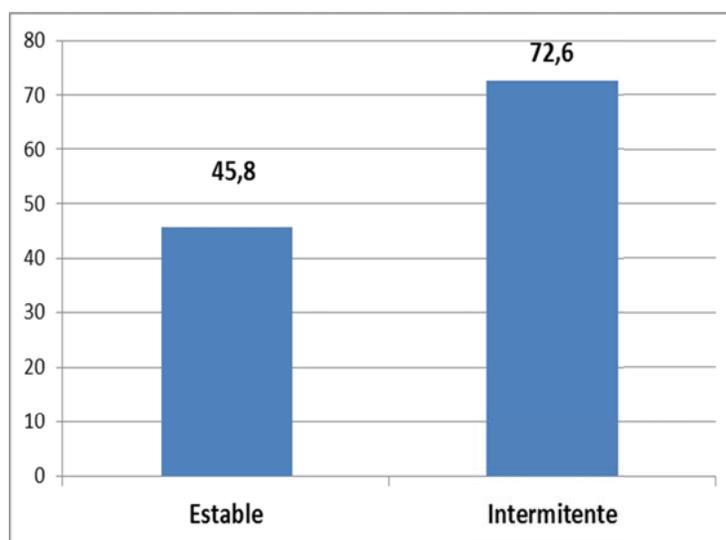
Inestabilidad y características ocupacionales

Las entradas y salidas de la fuerza de trabajo por períodos cortos de tiempo pueden asociarse no solo a restricciones impuestas por una división tradicional de roles de género dentro del hogar o la carencia de servicios de cuidado adecuados que liberen tiempo de las mujeres para poder trabajar para el mercado. Existen también factores vinculados a la demanda de empleo y a las características específicas de ciertas ocupaciones que generan la inestabilidad laboral. Las demandas por una mayor flexibilidad, así como la orientación a trabajar jornadas más reducidas parece solo poderse satisfacer, en particular para las mujeres con escasas credenciales educativas, mediante ocupaciones caracterizadas por una elevada inestabilidad. La vinculación entre trabajo a tiempo parcial y precariedad laboral se evidencia en el escaso número de empleos no manuales de jornada reducida con beneficios laborales, a excepción la docencia, actividad altamente protegida y que puede desarrollarse

en jornadas reducidas. La mayoría de las ocupaciones no manuales, administrativas y de servicios demandan una dedicación a tiempo completo.

La asociación entre inestabilidad y jornadas reducidas se muestra en los datos: mientras para las mujeres con un patrón de participación laboral estable el 45.8% trabaja hasta 35 horas semanales, entre las que entran y salen de la fuerza de trabajo dicho porcentaje casi alcanza a las tres cuartas partes (Gráfico 5).

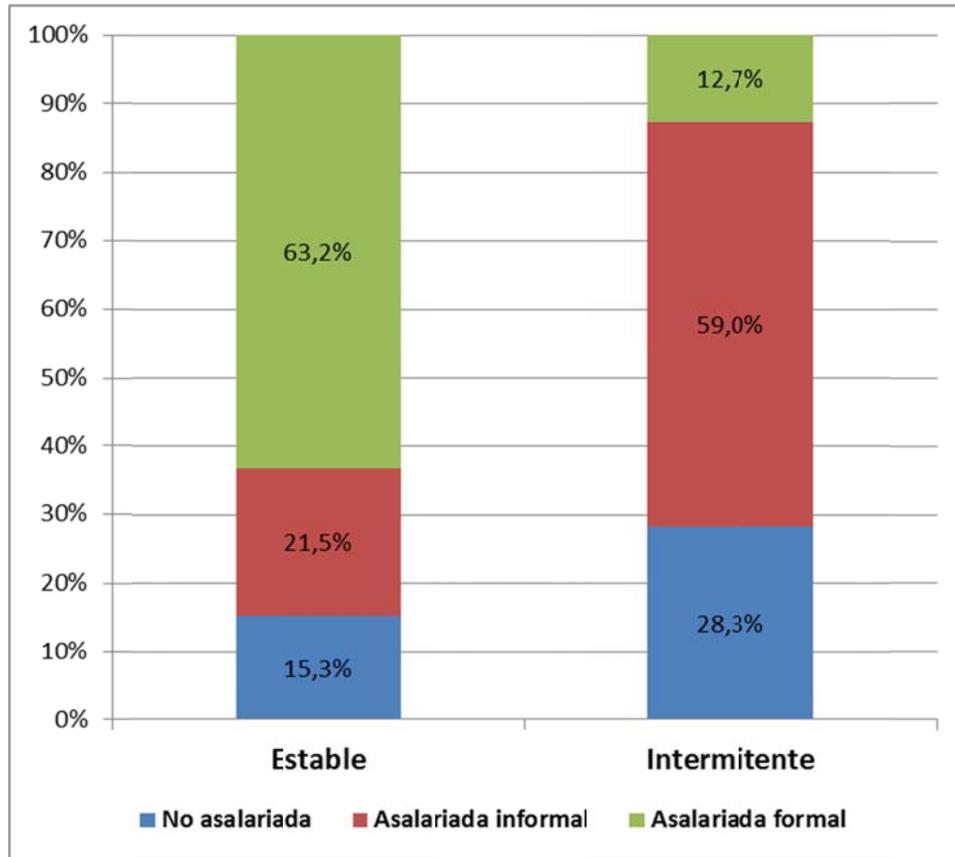
Gráfico 5. AMBA, mujeres de 15 años y más ocupadas. Porcentaje que trabajan hasta 35 horas semanales, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2011-2014

El vínculo entre patrón de participación y precariedad también es evidente (Gráfico 6). El porcentaje de trabajadoras asalariadas es superior entre las mujeres que han permanecido en la fuerza de trabajo de manera estable, y entre ellas la enorme mayoría se encuentra bajo condiciones laborales formales (es decir se le descuentan aportes jubilatorios). En contraposición, solo una minoría (12,7%) del total de las mujeres con patrones laborales inestables se encuentra ocupadas como asalariadas formales, y casi una de cada tres se desempeña como trabajadora independiente (trabajadora por cuenta propia mayormente).

Gráfico 6. AMBA, mujeres de 15 años y más ocupadas clasificadas por categoría ocupacional e informalidad, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014

Conclusiones

A lo largo de los últimos veinte años las mujeres residentes en el Area Metropolitana de Buenos Aires continuaron incrementando su propensión a participar en el mercado de trabajo, alcanzando niveles significativamente elevados. Este proceso a su vez fue acompañado por algunos cambios positivos en lo que respecta a sus condiciones de inserción vis-a-vis los varones: mejoraron su incorporación en puestos de decisión y se acortó la brecha salarial.

Si bien mujeres adultas jóvenes con responsabilidades laborales hoy presentan tasas de participación mucho más elevadas que en el pasado, ellas continúan siendo las principales responsables de las labores domésticas. En efecto, una encuesta reciente sobre uso del tiempo encontró que mientras las mujeres residentes en Buenos Aires dispensan en promedio 4.3 horas al día en trabajo doméstico no remunerado, entre los varones la dedicación es bastante inferior, 2.5hs. Las brechas se repiten si se trata de actividades de apoyo escolar o de cuidado de personas (INDEC, 2014).

A la par, el avance educativo de las mujeres ha sido notorio, aventajando significativamente a sus pares varones. Esta mejora ha redundado en una mayor participación de las mujeres en el mercado de trabajo y en el acceso a empleos de mejor calidad. Ellas por lo tanto tienen la capacidad económica de afrontar en el mercado la adquisición de servicios domésticos y de cuidado. No es lo mismo para las mujeres que han quedado rezagadas en la adquisición de credenciales educativas o que participan de circuitos laborales segmentados. Para ellas la compatibilización entre la esfera doméstica y la participación laboral continúa siendo problemática, particularmente porque el apoyo público de servicios de cuidado es insuficiente y las políticas públicas dirigidas a los sectores más vulnerables no han mejorado sus condiciones de empleabilidad.

Esta tensión se pone de manifiesto en los resultados de este estudio, ya que si bien a nivel agregado los resultados sugieren una más elevada y estable participación de las mujeres en el mercado de trabajo a la observada veinte años atrás, también indican que se ha debido en gran medida a los grandes avances educativos y no a una mejora en las condiciones que enfrentan las mujeres con menores recursos para participar de una manera estable. Son estas mujeres las que debieran ser sujeto de políticas activas que faciliten una inserción laboral estable. Esta participación sostenida en el mercado de trabajo, también contribuirá a una mayor equidad de género en el mercado de trabajo y una reducción de los niveles de pobreza.

Referencias

Cerrutti, Marcela (2003) Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires. En Catalina Wainerman, ed., Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones. Buenos Aires, UNICEF-Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 19-54.

Cerrutti, Marcela (2000). “Determinantes de la participación intermitente de las mujeres en el mercado de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. Desarrollo Económico, 39/156: 619-638.

Cerrutti, Marcela y Georgina Binstock, (2009) “Familias latinoamericanas en transformación: los desafíos y demandas para la acción pública” Serie Políticas Sociales Num. 147, División de Desarrollo Social, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Santiago de Chile. Desde página 33.

Esquivel, Valeria; Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2012) “Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y Estado” en Valeria Esquivel, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (Editoras), Las lógicas del cuidado infantil: entre las familias, el estado y el mercado. Buenos Aires: IDES-UNFPA-UNICEF.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales (2005) *Diagnóstico sobre la Situación Laboral de las Mujeres*. Segundo Trimestre.

Pautassi, Laura (2013), Perspectivas actuales en torno al enfoque de derechos y cuidado: la autonomía en tensión, en Pautassi, Laura y Carla Zibecchi, *Las Fronteras del Cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*. Buenos Aires: Editorial Biblios y ELA.

Pautassi, Laura; Pilar Arcidiácono y Mora Straschnoy (2013). Asignación Universal por Hijo para la Protección Social de la Argentina. Entre la satisfacción de necesidades y el reconocimiento de derechos. Santiago, CEPAL-UNICEF, Serie Políticas Sociales No 184, 2013

PNUD (2014) Aportes para el Desarrollo Humano en la Argentina, 2014. Género en el Trabajo: brechas en el acceso a puestos de dirección. Buenos Aires: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.

Recchini de Lattes, Zulma (1980) *La Participación Económica Femenina en la Argentina desde la Segunda Posguerra hasta 1970*. Buenos Aires: Cuadernos del CENEP, Num. 11.

Wainerman, Catalina (1979) “Educación, familia y participación económica femenina en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, IDES, enero-marzo, núm. 72, vol. 18, pp. 511-533.

Wainerman, Catalina (2003) “La reestructuración de las fronteras de género”. En Catalina Wainerman, ed., *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: UNICEF - Fondo de Cultura Económica.